

Tsang Ñon Heruka

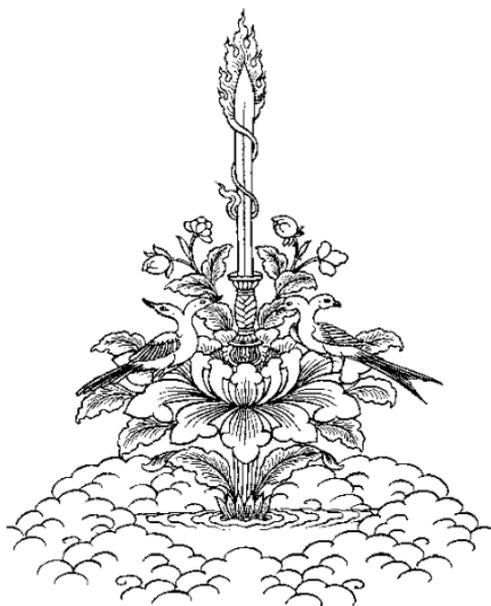
# La vida de Milarepa

El gran yogui del Tíbet

Traducción del

tibetano de

Francesc Navarro i Fàbrega



ha sufrido una tragedia. Por lo tanto, necesitarás una voluntad firme. Si vuelves al pueblo sin hacer muestra de tu magia, yo, tu madre, me mataré delante de tus ojos.

Le prometí que llevaría a cabo la tarea y me despedí diciéndole que la quería mucho.

Caminando, yo miraba atrás continuamente y lloraba mucho y, ella, que me quería tanto, nos miraba con lágrimas en los ojos hasta que desaparecimos de su vista. En ese momento de emociones a flor de piel, me pregunté, por un instante, si alguna vez volvería con mi madre. Tenía la sensación de que no la volvería a ver nunca más. Finalmente, cuando nos perdió de vista, dio media vuelta y se marchó llorando a casa.

Pasados unos días, comenzaron los rumores de que el hijo de Joya Blanca había ido a estudiar magia.

Seguimos el camino hacia Ü y Tsang y llegamos a Yakdé, en el valle de Tsang'rong. Allí, vendí el tinte y el caballo a un hombre muy rico y, a cambio, recibí oro.

Después de cruzar el río Tsangpo, volvimos a Ü. En un lugar llamado Tunlok Rakha encontramos a muchos monjes honorables y les pregunté si conocían un maestro en la región que conociera bien los secretos de la magia, los encantamientos y la provocación de granizos. Uno de los monjes respondió:

—En Kyorpo, en Yarlung, vive un maestro llamado Yungton Troguil de Trak. Tiene mucho poder con los encantamientos, la brujería y los maleficios.

Como aquel monje era discípulo suyo, fuimos a encontrarnos con el maestro Yungton y llegamos a Kyorpo, en Yarlung.

Cuando nos presentamos ante el maestro, mis compañeros sólo le ofrecieron regalos insignificantes, mientras que yo se lo di todo, el oro y la turquesa, y le dije:

—Además, le ofrezco mi cuerpo, mi habla y mi mente. Mis vecinos y otras personas de mi pueblo no pueden soportar la

felicidad de los demás. Compadézcase de mí y enséñeme un hechizo poderoso que pueda lanzar sobre mi pueblo. Mientras tanto, tenga misericordia y facilíteme ropa y alimentos.

El maestro dijo sonriendo:

—Pensaré en lo que me has dicho.

Pero no nos enseñó los secretos verdaderos de la magia. Pasó un año y todo lo que nos había enseñado fueron unos cuantos hechizos para tronar el cielo y la tierra y algunas nociones de fórmulas y prácticas útiles. Todos mis compañeros ya se preparaban para marcharse. El maestro les dio una prenda bien bordada de Lhasa. Pero yo no estaba satisfecho. Aquellas prácticas no eran lo suficientemente poderosas para producir algún efecto en mi pueblo.

Pensando que mi madre se mataría delante de mí si no llevaba ningún hechizo eficaz, decidí no marcharme. Al ver que no me preparaba para irme, los compañeros me preguntaron:

—Alegría de Oír, ¿no te marchas?

—Todavía no he aprendido suficiente magia –respondí.

—Estas fórmulas son muy mágicas si podemos llegar a dominarlas. El maestro dijo que no tenía nada más que enseñarnos. No tenemos ninguna duda de que nos dice la verdad. Ve y mira si el maestro te da alguna enseñanza más –replicaron.

Tras dar las gracias al maestro se despidieron. Yo también me puse la ropa que el maestro nos había regalado y fui a acompañarlos durante medio día de su viaje. Después de desearnos mutuamente buena salud, continuaron su camino a casa.

Mientras regresaba a casa del maestro, usé mi ropa para recoger estiércol de caballo, asno, vaca y perro por el campo del maestro. Hice un agujero en el campo fértil y enterré en él la ropa. El maestro, que estaba en la terraza de la casa, me vio y dijo a algunos de sus estudiantes:

—De todos mis numerosos estudiantes, ninguno es más amoroso que Alegría de Oír, y nunca habrá otro como él. La

prueba es que esta mañana no se ha despedido y ahora ha vuelto. Cuando vino por primera vez, me contó que la gente de su pueblo y sus vecinos no podían soportar la felicidad de los demás. Me pidió magia y me ofreció su cuerpo, su habla y su mente. ¡Qué persistencia! Si la historia que me contó es cierta, sería una pena no darle los secretos de la brujería.

Uno de los monjes me repitió aquellas palabras. Alegremente me dije: «Finalmente lo han dicho, me darán los secretos de la brujería». Y fui a ver al maestro.

Me preguntó:

—Alegría de Oír, ¿por qué no has vuelto a tu casa?

Al devolverle la prenda que me había regalado, toqué con la cabeza sus pies y le dije:

—Precioso maestro, nosotros somos tres, mi madre, mi hermana y yo. Mi tío y mi tía y algunos vecinos y lugareños se convirtieron en nuestros enemigos. Nos trataron inmerecidamente y nos hundieron en la miseria. Yo no tenía suficiente fuerza para defendernos. Ésta es la razón por la cual mi madre me envió a aprender magia. Si vuelvo a casa sin mostrar un solo signo de ella, mi madre se matará delante de mis ojos. Me he quedado porque no quiero que se mate y por eso le pido los secretos de la magia.

Al decir esto, lloré y el maestro me preguntó:

—¿De qué manera te ha hecho daño la gente de tu pueblo?

Sollozando, le expliqué cómo mi padre, Mila Bandera de Sabiduría, había muerto y cómo, después de su muerte, el tío y la tía nos hundieron en la desgracia. Entonces, también empezaron a caer lágrimas de los ojos del maestro y dijo:

—Si lo que me dices es verdad, es un caso muy triste. La magia que yo practico será suficiente. Pero no tenemos que ir con prisas. Por esta magia me han ofrecido fortunas de oro y turquesas de Ngari Korsum, al oeste; grandes cantidades de té, seda y ropa de las tres regiones montañosas de Kham, al este; caballos, yaks y ovejas, en cientos y miles, de Jyayul,

Dakpo y Kongpo, en el sur, pero tú eres el único que me ha dado el cuerpo, el habla y la mente. Verificaré lo que me has contado ahora mismo.

Con el maestro vivía un monje que era más rápido que un caballo y más fuerte que un elefante. El maestro lo envió a mi pueblo para corroborar la historia. El monje volvió rápidamente y dijo:

—Precioso maestro, Alegría de Oír ha dicho la verdad. Necesita aprender mucha magia.

El maestro me dijo:

—Si te enseñaba este tipo de magia inmediatamente, temía que tú, con tu empeño, me hubieras hecho arrepentir. Pero ahora, como eres sincero, tienes que ir a otro maestro para recibir más instrucciones. Tengo un hechizo del culto del Eclipse de Cabeza Rojo Oscuro<sup>35</sup>, que su poderoso mantra *hung* causa la muerte y su mantra *pet* causa la inconsciencia. En la región denominada Nub Khulung, en Tsang'rong, vive un maestro que se llama Khulungpa Yonten Guiatso, que es un gran doctor y un mago. A él le di mi fórmula secreta y, a cambio, él me enseñó a provocar granizos con la punta de un dedo. Después de enseñarme eso, nos hicimos amigos y socios. Ahora, todos los que vienen para aprender magia, los tengo que enviar con él, y los que van a él para aprender a provocar granizos, él me los envía. Id con mi hijo a verlo.

El hijo mayor del maestro se llamaba Darma Wanchuk. Aparte de provisiones para el camino, el maestro nos dio una tela y una estameña de Lhasa, unos pequeños regalos y una carta. Al llegar a Nub Khulung nos encontramos con el joven maestro de Nub. Le ofrecimos algunas prendas de lana y estameña y los regalos y la carta del maestro. Con cuidado,

<sup>35</sup> Tib.: gza' gdong dmar nag. Para más información sobre este ritual y su procedencia léase el interesante artículo de Dan Martin, «The Early Education of Milarepa», *The Journal of the Tibet Society*, 1982, págs. 53-76.

le expliqué todas las circunstancias de la historia e insistentemente le rogué que me enseñara magia. El maestro contestó:

—Mi amigo es un amigo leal y siempre cumple su palabra. Te enseñaré todo tipo de magia. Constrúyete una celda en la cima de esta montaña para que no tengas contacto con los humanos.

Levantamos una casita hecha con vigas muy sólidas colocadas unas junto a las otras. La rodeamos de piedras tan grandes como yaks, que cerraban bien y no dejaban ningún resquicio, de modo que nadie podía entrar o encontrar una manera de atacarnos. Entonces, el maestro me dio el maleficio.

Después de realizar el hechizo pasaron siete días.

Entonces, vino el maestro y dijo:

—Antes, con siete días era suficiente, y creo que todavía es así.

Como la magia tenía que trabajar a distancia, le pedí al maestro seguir siete días más y el maestro me dijo:

—Muy bien, continúa. —Y así lo hice.

La tarde del decimocuarto día, el maestro volvió y dijo:

—Esta noche habrá un signo alrededor del *mandala*<sup>36</sup> indicando que la magia ha funcionado.

Y aquella misma tarde, las deidades leales, los guardianes de la orden, nos llevaron lo que habíamos pedido: las cabezas y los corazones sangrientos de treinta y cinco personas. Nos dijeron:

—Durante siete días nos habéis invocado repetidamente. Aquí tenéis lo que nos habéis pedido. Y apilaron las cabezas alrededor del *mandala*. A la mañana siguiente el maestro vino y dijo:

—De los que tenías que aniquilar quedan dos personas vivas. ¿Los tenemos que aniquilar o les perdonamos la vida?

Lleno de alegría le dije:

<sup>36</sup> Círculo ritual que, en este contexto, se utiliza con finalidades mágicas.

—Te ruego que los dejes vivir para que conozcan mi venganza y mi acto de justicia.

Así fue como el tío y la tía no sufrieron ningún daño.

Ofrecimos un festín de agradecimiento a las deidades guardianas y leales y nos fuimos del lugar de la ceremonia. Hoy en día, esa celda todavía se puede ver en Khulung.

Mientras tanto, me preguntaba cómo se había manifestado nuestro hechizo en el pueblo de Kya Ngatsa.

Hubo una fiesta de boda por el hijo mayor de mi tío. Los hijos de mi tío y las nueras llegaron primero acompañados de las personas que nos odiaban, en total treinta y cinco. Los otros invitados, que mostraban amistad con nosotros, iban hablando de camino hacia la fiesta. Alguien dijo:

—Cuando el falso maestro se hace maestro, el maestro verdadero es expulsado como los perros, tal como dice el proverbio y lo demuestra esta gente impía. Si la magia de Alegría de Oír aún no ha demostrado ningún efecto en ellos, el poder de las deidades protectoras se encargará de hacerlo.

Y juntos caminaban hacia la boda.

El tío y la tía habían salido para hablar sobre el discurso que harían y la comida que servirían. En aquel momento, una sirvienta que nosotros habíamos tenido y que ahora trabajaba para ellos, fue a buscar agua y fuera, en lugar de los caballos atados en el establo, vio escorpiones, arañas, serpientes, sapos y renacuajos. Vio un escorpión, tan grande como un yak, que cogía las columnas con las garras y las rompía. Al ver este escenario, la sirvienta, aterrada, se marchó corriendo y, justo cuando salía, vio los caballos sementales que empezaban a montar a las yeguas y las yeguas empezaban a dar coces a los sementales. Todos los caballos jóvenes, dando también coces, chocaban contra los pilares de la casa, que, finalmente, se derrumbó. Bajo la casa derruida, quedaron muertos los hijos, las nueras y los otros invitados del tío y la tía. En total, treinta y cinco

personas. El interior de la casa estaba lleno de cadáveres cubiertos de polvo.

Mi hermana Peta, al ver a todos llorando, fue corriendo a buscar a mi madre:

—¡Madre! ¡Madre! La casa del tío se ha derrumbado y mucha gente ha muerto. Ven a verlo.

Mi madre exclamó un chillido de alegría, se levantó y fue a ver lo que había pasado. Vio la casa de los tíos reducida a una nube de polvo y oyó los gritos de los vecinos. Estaba tan feliz como sorprendida. Ató un trozo de tela a un poste y, moviéndolo en el aire, gritó:

—¡Gloria a vosotros, dioses, maestros y Triple Refugio! Bueno, lugareños y vecinos, ¡Mila Bandera de Sabiduría tiene un hijo! Yo, Joya Blanca, me he visto con harapos y comiendo mal. ¿Veis como era para alimentar a mi hijo? En el pasado, el tío y la tía nos dijeron: «Madre e hijos, si sois muchos, hacednos la guerra y, si sois pocos, hacednos brujería». Así pues, como somos pocos, hemos optado por la magia y hemos conseguido más que si fuéramos muchos y hubiéramos hecho la guerra. Pensad en la gente que estaba en la casa. Pensad en los tesoros que había y en el ganado del establo. He vivido lo suficiente para ver este espectáculo creado por mi hijo y disfrutarlo. ¡Imaginaos que feliz seré de ahora en adelante!

Incluso los que se habían quedado en sus casas escucharon los gritos de venganza de mi madre. Algunos de ellos dijeron: «Tiene razón». Y otros: «Puede que tenga razón, pero su venganza es demasiado brutal».

Al escuchar la procedencia del poder que había causado la muerte de aquella gente, los vecinos se reunieron y dijeron:

—No le basta con provocar el desastre, encima se alegra. Ha ido demasiado lejos. Torturémonla y arranquémosle el corazón en vida.

Los ancianos dijeron:

—¿De qué servirá asesinarla? Lo que ha pasado lo ha hecho su hijo. Ante todo, debéis encontrar a su hijo y matarlo. Después, será más fácil matar a la madre.

Después de decir esto, llegaron a un acuerdo. El tío escuchó estos comentarios y dijo:

—Ahora que mis hijos han muerto, ya no tengo miedo de morir.

Y fue a buscar a mi madre para matarla. Pero los aldeanos lo detuvieron diciéndole:

—Esta desgracia nos ha caído encima porque tú no has cumplido la palabra que diste. Si matas a la madre antes que al hijo, nos opondremos.

Y así, no dejaron que mi tío actuara. Entonces, los lugareños conspiraron para asesinarme.

Mi tío materno fue a ver a mi madre y le dijo:

—Después de la conducta y las palabras que mostraste ayer, los vecinos están listos para mataros a ti y a tu hijo. ¿Por qué hiciste esos gritos de venganza? ¿No bastaba que el acto de brujería funcionara?

Y así la reprobo severamente. Mi madre le replicó:

—La desgracia no te ha venido a ti. Comprendo lo que dices, pero después de cómo me robaron es difícil mantenerme en silencio. —Sin decir nada más, comenzó a llorar.

Su hermano añadió:

—Es verdad, tienes razón, pero enciértrate en casa, puede que vengan asesinos.

Después de decirle esto, se marchó. Y mi madre se encerró en su casa y empezó a hacer planes.

Mientras tanto, la sirvienta de mi tío paterno, que antes me había servido, oyó que todo el mundo hacía maquinaciones. Dado su afecto por nosotros, no podía tolerar lo que estaba escuchando y, secretamente, fue a contar a mi madre todo lo que había oído en la reunión. Le dijo que fuera con cuidado con la vida de su hijo. Mi

madre pensó: «De momento, estas decisiones oscurecen mi alegría».

Vendió la parte que le quedaba del campo Alfombra de Pelo Fértil por siete onzas de oro. Como no había ningún vecino que me las pudiera traer, y tampoco había venido ningún mensajero, mi madre decidió venir ella misma a traerme provisiones y darme algunos consejos.

En ese momento, un yogui de la provincia de Ü, que había vuelto de una peregrinación por Nepal, llamó a la puerta de casa de mi madre y le pidió limosna. Mi madre le preguntó sobre su vida y, como aquel hombre podía ser un buen mensajero, le dijo:

—Quédate unos días. Tengo un hijo que está en las regiones de Ü y Tsang y tengo que enviarle algunas noticias. Ten la bondad de llevárselas.

Mientras tanto, mi madre fue muy hospitalaria con él. Encendió una lámpara de mantequilla e invocó ayuda diciendo: «Si mi deseo se concede, que el maestro de mi hijo y las divinidades protectoras hagan que esta lámpara arda durante mucho tiempo. Si mi deseo no se cumple, que esta lámpara se consuma rápidamente». La lámpara duró todo un día y una noche. Mi madre, creyendo que su deseo se cumpliría, le dijo al peregrino:

—Yogui, para viajar por el país, las botas y la ropa son muy importantes.

Y le dio cuero e hilo para que reparara sus botas. Ella misma le remendó la capa. Sin decirle nada, mi madre cosió las siete onzas de oro en el interior de la capa y las cubrió con un harapo cuadrado de color negro. Bordó ese harapo con un hilo grueso y blanco haciendo un dibujo de las estrellas que representaba la constelación de las Pléyades de manera que no se viera desde el exterior de la capa. Entonces, pagó bien al yogui, le confió la carta cerrada y escrita en código y se despidió de él.

Después, mi madre pensó: «Como no sé qué han decidido hacer mis vecinos, tengo que adoptar un aire amenazador ». Y dijo a Peta: «Di a todos que el yogui ha traído una carta de tu hermano».

Ésta es la carta que mi madre escribió diciendo que lo había enviado yo:

«Estoy seguro de que mi madre y mi hermana gozan de una buena salud y han presenciado los signos mágicos que han sucedido. Si algunos vecinos siguen odiándonos, envíadme sus nombres y los nombres de sus familias. Si utilizo los hechizos, matarlos será tan fácil como lanzar un pellizco de comida al aire. Entonces, los destruiré hasta su novena generación. Madre y hermana, si la gente del pueblo todavía os es hostil, venid a verme. Destruiré cada rincón de este pueblo. A pesar de que estoy en retiro, tengo riquezas y provisiones inimaginables. No os preocupéis por mí.»

Después de escribir esta carta, mi madre la dobló. Fue a mostrarla a su hermano y los amigos de éste y la dejó a su hermano para que la viera. Como resultado de ello, todos cambiaron de opinión y abandonaron la idea de matarnos y recuperaron el campo de Triángulo Fértil de mi tío para dárselo a mi madre.

Mientras tanto, el yogui me venía a buscar. Al enterarse de que estaba en Nub Khulung, me vino a encontrar. Me dio la carta y salí para leerla, decía así:

«Espero, Alegría de Oír, que estés bien de salud. El deseo de tu madre anciana de tener un hijo se ha cumplido y el linaje de tu padre, Mila Bandera de Sabiduría, está garantizado. Los signos de tu magia han aparecido en el pueblo y treinta y cinco personas han perdido la vida en el derrumbe de la casa. Como resultado de ello, la gente del pueblo está conspirando para hacernos daño, a mí y a tu hermana. Por esta razón, tienes que provocar un granizo que llegue has-

ta el noveno nivel de los ladrillos de las casas. Entonces, el último deseo de tu madre se habrá cumplido. La gente de aquí dice que irán a buscarte y te matarán y que, después, me vendrán a matar a mí. Por nuestro bien, seamos cautos con nuestras vidas. Si tus provisiones se han acabado, mira hacia la región del norte, donde, detrás de una nube negra, aparece la constelación de las Pléyades. Debajo de éstas encontrarás las siete casas de tus primos. Allí encontrarás todas las provisiones que desees. Cógelas. Si no entiendes el sentido de esta carta, pregúntale al yogui que vive en esta región.»

No entendí el mensaje de aquella carta. Echaba de menos a mi madre y a mi tierra. Como necesitaba provisiones y no conocía a nadie en la comarca ni tenía familia allí, empecé a llorar. Pregunté al yogui:

—Como tú conoces esta tierra, ¿sabes dónde viven mis primos?

Y el yogui me respondió:

—En el valle central de Ngari.

—¿Conoces alguna otra región? ¿De qué región eres tú?  
—Le dije.

—Conozco muchas otras regiones, pero no sé de ninguna otra donde puedan vivir primos tuyos. Yo soy de la provincia de Ü.

—Espera un momento —le dije.

Y fui a ver al maestro para saber si él entendía el sentido de la carta. El maestro releyó la carta y me dijo:

—Alegría de Oír, tu madre está muy dolida. A pesar de la muerte de tanta gente, ahora quiere enviarles un granizo.  
¿Quiénes son tus primos del norte?

—Nunca he oído hablar de ellos —le respondí—, sólo los conozco por esta carta. Lo he preguntado al yogui, pero él tampoco lo sabe.

La mujer del maestro, que tenía signos de ser una gran *dakini*, leyó la carta en voz alta y dijo: «Dile al yogui que venga».

Cuando el yogui vino, la mujer del maestro hizo un buen fuego y lo invitó a una cerveza excelente. Entonces, le retiró la capa y se la puso ella.

—Ésta es una buena capa para viajar de un lugar a otro.

Diciendo esto, caminó arriba y abajo con la capa en los hombros. Entonces, subió a la terraza de la casa, sacó el oro, volvió a coser el harapo como estaba antes y la volvió a dejar sobre la espalda del yogui.

Después de servirle la cena al yogui, lo acompañó a su habitación y le dijo:

—Ve y dile a Alegría de Oír que venga a ver al maestro.

Cuando llegué me dio las siete onzas de oro y le pregunté:

—¿De dónde ha salido este oro?

Y la mujer del maestro dijo:

—Estaba en la capa del yogui. Alegría de Oír, tienes una madre prudente. *La región que mira al norte*, donde el sol no brilla, significa la parte de la capa del yogui donde nunca da el sol. *La nube negra* significa el cuadro de color negro que llevaba cosido. *La constelación de las Pléyades* significa las estrellas bordadas con hilo blanco. Y, debajo, *las siete casas de tus primos* significa las siete onzas de oro. *Si no lo entiendes, como el yogui vive en esta región, pregúntale a él y, por tanto, a nadie más significa que si no lo entiendes no busques en otro lugar porque el oro está en la capa del yogui.*

Así habló la mujer del maestro. Y el maestro dijo:

—¡Vosotras las mujeres! Dicen que sois muy astutas, ¡y mira que llega a ser verdad! —Y estalló en carcajadas.

Después de aquello, di una décima parte de una onza al yogui y quedó satisfecho. A la dueña de la casa le di siete décimas partes de una onza. Entonces, al maestro le ofrecí tres onzas de oro y le dije:

—Como ve, mi madre también me pide que provoque granizos. Por favor, encuentre este encantamiento en su corazón y enséñemelo.

El maestro me dijo:

—Si quieres granizos, has de ir con Yungton Troguiel de Ñag. —Y me dio una carta y unos cuantos regalos para él.

Partí hacia el pueblo de Kyorpo, en Yarlung. Cuando llegué ante el maestro, le puse en los pies tres onzas de oro, la carta y los regalos. Le expliqué por qué quería provocar un granizo y me preguntó:

—¿Has tenido éxito haciendo magia?

—He tenido mucho éxito, por medio de mi magia han muerto treinta y cinco personas. Ahora, además, esta carta me pide granizos. Por favor, encuentre este encantamiento en su corazón y enséñemelo.

—Muy bien, que así sea —contestó el maestro. Y me dio la fórmula secreta.

Fui a realizar el ritual en mi antigua celda. Al comienzo del séptimo día de los rituales, una nube invadió mi celda de magia. Se vieron rayos, los truenos sonaron y se oyó la voz del planeta Eclipse. Aquello me hizo creer que podría provocar un granizo con la punta de un dedo.

El maestro me dijo:

—Para saber cuándo tienes que provocar el granizo, debes saber cuál es la altura actual de la cosecha en tu pueblo.

—Apenas empiece a crecer —respondí.

—¿Y ahora cómo está? —Me preguntó otro día.

—El trigo empieza a curvarse.

—Entonces ha llegado la hora de provocar el granizo —afirmó el maestro.

Como acompañante me asignó al mensajero que ya había estado en mi pueblo y salimos disfrazados de monjes mendicantes.